



CAPITULO LXI.

Revancha.

MIENTRAS tanto don Benito Juárez seguía impertérrito empuñando la bandera de la legalidad.

Dos veces había sido empujado hasta el Paso del Norte por las columnas francesas, sin que nadie se hubiera atrevido á seguirlo á sus últimos atrincheramientos y sin haber dejado de pisar el suelo mexicano con su gobierno, que siempre permaneció firme, á pesar de las multiplicadas peripecias que lo asediaban.

Se le habían separado algunos de sus ministros como Ruiz y Prieto, que quizás eran de sus más íntimos, lo mismo que algunos otros partidarios de poca significación, con motivo del decreto en que se prorrogó la Presidencia, creyendo los descontentos que era un despojo que se hacía al general González Ortega que era el Presidente de la Corte de Justicia y por consiguiente el Vice-Presidente cons-

titucional de la República. Pero ya hemos dicho que González Ortega, desgraciadamente ó quizás por fortuna, había desertado de las filas de la defensa nacional y había emigrado al extranjero, perdiendo en consecuencia todos sus títulos á sentarse por aquel entonces en el desbarajustado sillón presidencial, que no era por cierto un lecho de rosas.

Fué uno de los momentos más terribles para don Benito Juárez, aquel en que espiró su período legal.

Los riesgos, la falta de recursos, los descalabros que sufrían diariamente las tropas republicanas, la pérdida de la vida en fin en cualquiera de las expediciones peligrosas que tenía que hacer el gobierno, ¿qué le importaba todo eso á don Benito Juárez, acostumbrado como estaba á sufrir toda clase de penalidades y á jugar su existencia en los acontecimientos?

Lo que sí le hacía mucha fuerza eran los resultados de aquella medida: ¿no vendría la escisión entre los jefes que tenían las armas en la mano? ¿No conseguiría González Ortega hacerse de partidarios é introducir el desorden entre los pocos defensores que en esos momentos tenía la patria? ¿No fracasaría en sus manos la defensa nacional? ¿No lo maldeciría después la posteridad por haber dado un paso impolítico en la hora suprema?

Felizmente estaba grabada en la conciencia pública esta convicción: el único que puede salvar la independencia de México por su tenacidad, por su firmeza, por su energía, por su dominio sobre sí mismo, por su prestigio, por su nombre, por todo, es don Benito Juárez; y así fué cómo los militares que sostenían la lucha, Escobedo, Corona, Porfirio Díaz, Riva Palacio, Régules, Alvarez, Terrazas y otras dos docenas de generales de menor signifi-

cación, aplaudieron por unanimidad la prórroga de la Presidencia, haciendo á un lado la gran figura de González Ortega, de aquel que con sus bríos y con su arrojo, más que con su táctica, había dado al traste con los Macabeos, haciendo triunfar la revolución de la Reforma.

Contra nuestros propósitos, y fuera de la índole de esta obra, nos hemos extendido en tales consideraciones, porque el asunto mismo nos ha llevado de la mano para hacerlas: ahora vamos á seguir nuestro relato bonachonamente como antes.

Parecía que los franceses habían abandonado definitivamente á Chihuahua, y allí sucedió como en las demás poblaciones que iban desocupando: que los imperialistas no podían sostenerse, y que, azorados, tenían que huir porque se consideraban ya solitos, una vez que les faltaba el ala protectora del invasor.

Entonces fué cuando por tercera y última vez se estableció el gobierno republicano en Chihuahua, y desde allí dió la dirección posible á la campaña, dirección que se reducía las más de las veces á autorizar á los jefes para que obraran discrecionalmente según las circunstancias, y á nombrar á los que debían reemplazar á los que morían ó se ausentaban de alguna región que tuviera importancia; pero nunca, ni aun estando Juárez en el Paso del Norte, dejó de estar en contacto con los militares y gobernadores que estaban en campaña, y todos los días por lo mismo se recibían correos y comisionados.

En esta vez, al llegar el gobierno á Chihuahua, el horizonte estaba completamente despejado; los Estados Unidos no reconocían otra autoridad legal que no fuera la de don Benito Juárez; la retirada del ejército francés estaba siendo un hecho, y de consiguiente el triunfo de las

armas republicanas era también un hecho seguro, por más que al lado de Maximiliano se quedaran aún algunos cuerpos extranjeros formados de franceses, austriacos y belgas en su mayor parte, los cuales no habían de pasar de cinco á seis mil hombres.

El despacho de los negocios que se hacía en Chihuahua era ya tranquilo y las únicas preocupaciones que tenían los miembros del gobierno, eran las que ellos mismos van á darnos á conocer en la siguiente conversación.

Don Sebastián Lerdo y don José María Iglesias estaban abriendo cartas y paquetes de periódicos llegados por el correo del interior que ya se había medianamente establecido, en tanto que don Benito Juárez, sentado en un sillón con los brazos cruzados oía con atención lo que los ministros le leían, porque encontrara que tuviera algún interés.

Los periódicos del imperio *El Pájaro Verde*, *el Diario de Avisos*, *La Sociedad* y otros, aparecían llenos con las derrotas que estaban sufriendo las guerrillas republicanas en todas partes donde se presentaban las armas imperialistas; en cambio, el periódico francés *L'Estaffette* se burlaba de los pelícanos y los cangrejos, como les llamaba á los clericales, y les aseguraba que no seguirían seis meses más sosteniendo la efímera administración de Maximiliano, que no contaba ni con dinero ni con soldados.

En medio de la hilaridad que produjeron las ocurrencias del periódico francés, que sin ser un periódico chistoso, tenía dichos y salidas rebosantes de ingenio, dijo don Benito:

—Es lo que á mí me aflige, nuestra falta de recursos.

—No hay abundancia, pero no hay excesiva necesidad, dijo el ministro encargado de la hacienda.

—Sí, ahora está extendida la gente por todo el país; pero cuando se reúnan, como tienen que reunirse las tropas en un punto céntrico formando un ejército de cincuenta ó sesenta mil hombres, ¿con qué los mantendremos estando tan menoscabadas las propiedades?

—Los franceses han destruido inmensas regiones, dijo Lerdo casi con melancolía; pero habrá que seguir haciendo los sacrificios que sean necesarios.

—También abrigo un temor, continuó manifestando don Benito.

—¿Cuál? preguntó Lerdo.

—Que una vez que se hayan unido Miramón, Márquez y Mejía para sostener á Maximiliano, estos generales, con su prestigio militar, hagan que se prolongue demasiado la lucha. Sobre todos ellos Miramón es tan audaz como afortunado, y si logra dar un golpe de los que él acostumbra.

—¡Bah! contestó Lerdo riéndose: no nos ha de faltar otro González Ortega que le dé el último aplastón.

Iglesias dijo por su parte:

—Ahora contamos más con la opinión pública que en tiempo de la lucha por la Reforma. Ahora se combate por la independencia y en contra de un príncipe extranjero. Como dice muy bien *L'Estaffette*, al salir el último soldado francés, se derrumbará el castillo de naipes que le han hecho á Maximiliano.

—Todavía es mejor la expresión de Bazaine y más autorizada, dijo Lerdo.

—¿Cuál? preguntó Iglesias.

—La de que ahora ni con cien mil soldados podrá

sostenerse el imperio contra la actitud asumida por los dos pueblos de México y los Estados Unidos.

Los temores de don Benito no eran infundados.

Un mes más tarde, cuando apenas habían tenido tiempo de establecerse los Supremos Poderes en Zacatecas, á donde acababan de llegar de Chihuahua, esto es, el 27 de Enero de 1867, á eso de las seis de la mañana, oyeron voces y tropel de caballos en el alojamiento que ocupaban todos reunidos.

—¿Qué hay? preguntó don Benito.

Un ayudante que entró despavorido á la sala, gritó:

—Señores, el enemigo, pronto, el enemigo, ya están listos los caballos.

Apenas medio acertaron á vestirse el Presidente y sus ministros. Al de la guerra, que fué á quien le tocó naturalmente salir á informarse; que lo era el general don Ignacio Mejía, fué á quien le tocó también volver muy descolorido y exclamar:

—El enemigo está entrando ya á la ciudad; si dilataremos cinco minutos más aquí, somos cogidos.

—¿Qué enemigo es? preguntó don Benito.

—Es Miramón, es Miramón en persona, le contestaron varios de los empleados que ya venían sonando las espuelas.

Como don Benito no estaba seguro de poderse sostener en el caballo si salía corriendo, tuvo más fé á su coche de camino, y en él fué como salió á escape de Zacatecas, seguido de sus cuatro ministros, de sus veinte inmaculados y de una escolta de cincuenta hombres, que era en los buenos tiempos la escolta presidencial.

Tenía Miramón dos horas de encontrarse en Zacatecas, habiéndose ocupado principalmente en buscar los

fondos y las armas del enemigo, que era lo que más le interesaba, cuando supo que allí se encontraba momentos antes del ataque el Presidente con sus ministros

—¡Canastos! exclamó lleno de rabia, y lo peor es que yo ví el grupo que iban formando los fugitivos, y yo mismo impedí que se les persiguiera para no fatigar mis tropas, creyendo que era sólo una guerrilla que se nos escapaba.

Entonces mandó cien hombres de caballería á las órdenes de su hermano don Joaquín, para que diera alcance al Presidente. Aquel volvió al día siguiente con su caballería destroncada.

El Presidente estaba ya en Villanueva defendido por una fuerza de quinientos hombres.

Miramón se conformó con darse otro tirón de cabellos, con más otro de la piocha.

Entonces fué cuando Maximiliano, á quien llegó un poco fantásticamente referida aquella historia, y en que se le agregaba que si Juárez no había caído aún en poder de Miramón, era infalible que caería un poco después, porque ya lo tenía como dentro de una ratonera, escribió la siguiente carta que, en vez de dar en las manos de Miramón, dió en las de Juárez:

«Palacio de México, Febrero 6 de 1867.—Mi querido general Miramón:

Os encargo de una manera muy especial, en el caso de que logreis apoderaros de don Benito Juárez, de don Sebastián Lerdo de Tejada, de don José María Iglesias, de don Luis García y del general don Miguel Negrete, de hacerlos *juzgar* y *condenar* en consejo de guerra, conforme á la ley de 4 de Noviembre último que está en vigor, pero

la sentencia de muerte **no** será ejecutada sino después de recibir nuestra aprobación. . . . (siguen varias instrucciones sobre esos y los demás prisioneros que se vayan haciendo y firma.)

Todo vuestro

Maximiliano.

Por de pronto **no se** preocupó mucho el archiduque de que aquella carta **hubiera** caído en poder de Juárez. . . . ¡á fé que después!

El gobierno fugitivo de Zacatecas, no sólo pudo volver pronto á esa ciudad, sino seguir ya para la plaza de San Luis, encontrando **el** camino despejado; porque ya las huestes triunfadoras de Miramón habían sido destruidas por las de Escobedo **en** San Jacinto, á consecuencia de cuya derrota el jefe imperialista perdió todo el material de guerra y más de ochocientos prisioneros, de los cuales fueron fusilados ciento **tres** franceses en su nueva calidad de filibusteros, y el hermano de aquél, don Joaquín Miramón.

¡Y esto pasaba **cuando** todavía Bazaine no abandonaba la Capital de la República!

La batalla había sido el 1° de Febrero, y Bazaine salió de México el 5 del **mismo** mes para embarcarse el 14 de Marzo, con el fin de **dar** tiempo á Maximiliano de que se le incorporara, una vez **que** debía estar viendo ya muy claro que el soñado imperio **se** estaba desvaneciendo como el humo.

Pero Maximiliano **no** veía nada ni nada escuchaba. Estaba sordo y ciego, **estaba** repleto de orgullo, estaba casi tan loco como su mujer!

En vez de abdicar, en vez de huir, en vez de bus-

car la solución en la huida cuando todavía era tiempo, corrió á encerrarse bajo los muros de Querétaro con sus tropas desmoralizadas, como si ya sólo la fatalidad fuera empujándolo á su perdición.

Los Supremos Poderes de la República se habían establecido tranquilamente en San Luis Potosí.

—De aquí ya sólo iremos para adelante, había dicho Juárez.

En esos momentos, cuando el ejército francés no acababa aún de abandonar el suelo mexicano, el imperio no dominaba más que en cuatro plazas fuertes que eran Querétaro, México, Puebla y Veracruz: todo lo demás se encontraba ya en poder de los republicanos.

Sin embargo, todavía no se podía cantar victoria: todavía había más de veinte mil hombres armados con doscientas piezas de artillería y mandado todo ese ejército por generales de primer orden tales como Miramón, Márquez, Mejía, Méndez, Castillo, Ramírez Arellano, Vidaurri, O'Horán y otros treinta ó cuarenta más de notable instrucción militar.

Sólo tenían en su contra una cosa y era ésta: la causa que defendían, que era una causa de traición y de infamia.

Así, se observaba que entre los hombres que componían el gobierno en San Luis Potosí, reinaba algún desasosiego: sólo don Benito Juárez permanecía tranquilo. En su presencia nadie se atrevía á cuchichear ni menos á expresar dudas ó recelos respecto del desenlace de aquella situación.

Lo que hacían era trabajar todos con el mayor tesón, del día á la noche, mandando correos y comisiona-

dos, dictando órdenes, firmando autorizaciones y comunicando acuerdos para toda la República, encaminado todo aquel cúmulo de actividad á reunir tropas, municiones y dinero en el Bajío para dar los últimos golpes á la exótica institución imperial.

La mejor noticia que tuvieron en aquellos días, y que naturalmente los llenó de júbilo, fué la de que los audaces generales que mandaban el ejército de Maximiliano, no se habían movido de Querétaro ni para atacar á Corona ni para atacar á Escobedo que desde muy grandes distancias habían ido avanzando por distintos caminos, y que antes bien, ya habían llegado hasta darse las manos en las inmediaciones de Querétaro.

Entonces fué cuando don Sebastián Lerdo, respirando á plenos pulmones, dijo al Presidente y á los miembros del gabinete:

—Ahora sí, el triunfo es nuestro: plaza sitiada, plaza tomada.

Y sucedió lo que Prim había pronosticado cinco años antes, y lo que Bazaine y todos sus generales afirmaron cuando vieron de bulto las dificultades que había que vencer: que cualquier trono que se quisiera levantar en México, tenía que estrellarse ante el sentimiento general del país, que mejor quiere Presidentes déspotas con el nombre de República, que emperadores insignes con el nombre de monarquía, suponiendo que Maximiliano hubiera sido un emperador insigne.

Después de los varios incidentes á que dió lugar un asedio que duró algo más de dos meses, incidentes que están ampliamente detallados en la leyenda histórica que lleva por título «Maximiliano» y que son conocidos de todos los mexicanos que han leído los anales de esa época.

ca; por una ó por otra causa, pues es punto que no está bien definido todavía, la plaza sitiada cayó en poder del ejército republicano, quedando prisionera de guerra toda la guarnición que la defendía.

El día 15 de Mayo, por la madrugada, se presentó Mejía en la habitación de Juárez:

—Señor Presidente, señor Presidente, le dijo con cierta alteración en la voz.

Don Benito Juárez, que estaba más acostumbrado á recibir noticias funestas que consoladoras, creyó de pronto que se trataba aún de coger la maleta, que tenía siempre lista, para emprender la retirada; pero tío Nacho, así se le llamaba cariñosamente al ministro de la Guerra, se apresuró á tranquilizarlo diciéndole:

—Ya cayó Querétaro.

—¿Y Maximiliano? preguntó el Presidente.

—También cayó, lo mismo que todos los generales.

No se alteró sin embargo ningún músculo de la cara del supremo magistrado, y sólo en su interior se dijo:

—Es sensible que no hayan muerto ni hayan huído, porque la ley tiene que ser con ellos inexorable!

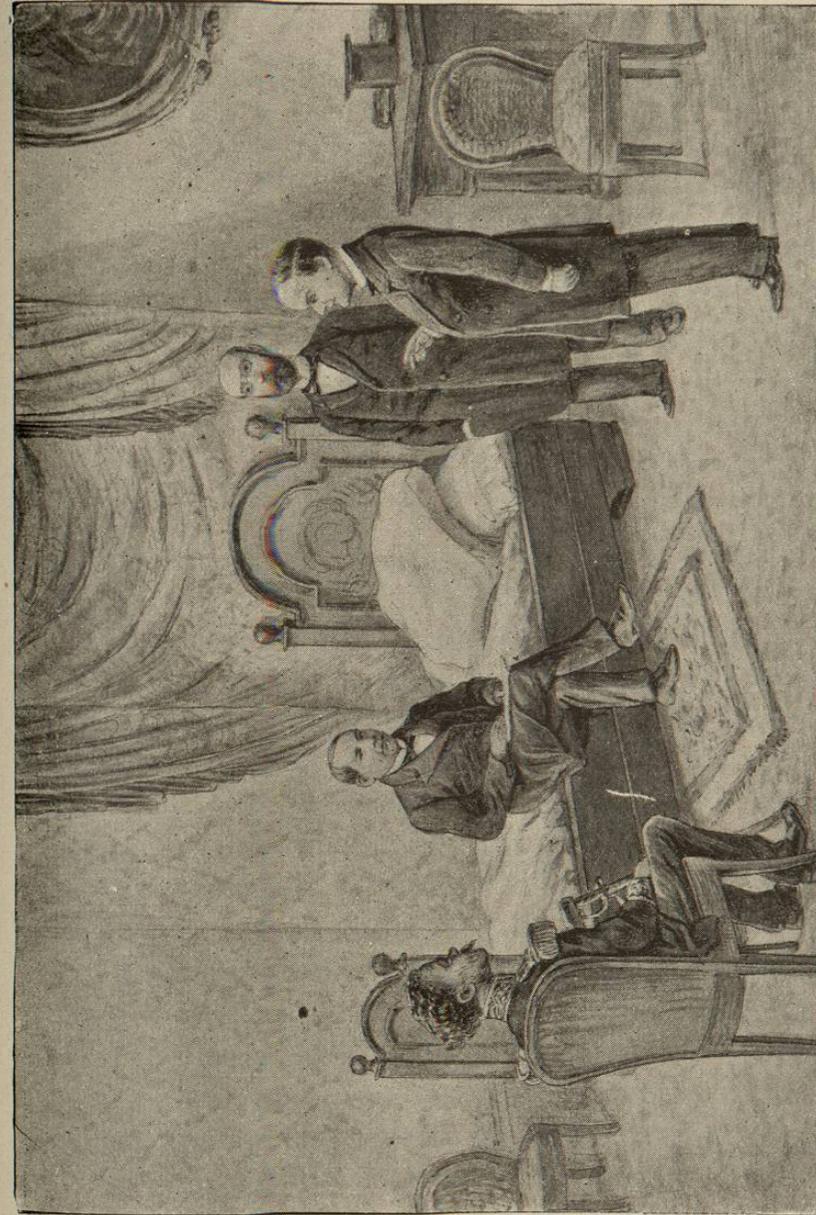
Mientras se estaba vistiendo para levantarse, oyó que se echaban á vuelo las campanas.

Entraron luego Lerdo de Tejada y los demás ministros.

El primero dijo muy festejoso:

—Ahora sí, señor Presidente, se acabaron las correrías. De aquí nos iremos á México, en donde el valiente Porfirio Díaz nos está poniendo ya la mesa.

—Es nuestra revancha, contestó don Benito, siempre sin inmutarse.



—Es nuestra revancha, contestó don Benito siempre sin inmutarse.